

Revista de Filosofía, N° 33, 1999-3, pp. 7-15

## Fausto, el Hombre\*

### Faust the Man

*Adolfo García Díaz  
Universidad del Zulia  
Maracaibo - Venezuela*

#### Resumen

Si toda obra literaria es un reflejo de la vida del hombre, la figura del *Fausto* es quizá quien mejor representa los secretos deseos humanos. El secreto, incontenible e insatisfecho deseo de llegar a más. Deseo de Luzbel de ser como Dios, mismo del de Adán. Y deseo de todo hombre de querer ser más que los demás. Fausto es la encarnación de ese deseo; sabio sobre todos los demás, pero insatisfecho y decepcionado con su saber. El presente ensayo compara los Faustos de Goethe y Marlowe. El primero, decepcionado por lo poco que vale el saber, que no le permitió sublimarse. El segundo, decepcionado por lo poco que vale él con su saber.

**Palabras clave:** Fausto, dualismo, decepción, sublimación.

#### Abstract

If all literary works are a reflection on human life, the figure of Faust is perhaps the best representation of the secret desires of men. The secret, uncontrollable and unsatisfied desire to be more. The desire of Luzbel to be like God, the same as Adam. And the desire of all men to want to be superior to others. Faust is the incarnation of this desire; more intelligent than others, but unsatisfied and deceived by his knowledge. This essay compares the Fausts of Goethe and Marlowe. The

---

Recibido: 01-09-99 • Aceptado: 29-09-99

\* NOTA DE LOS EDITORES: Toda obra de literatura encierra, en mayor o menor grado, una reflexión, una actitud de la vida humana. Ello es altamente manifiesto en la figura de Fausto. Pero, además, es capaz también de provocar otras tantas reflexiones sobre la misma vida humana. Presentamos aquí una de estas reflexiones a las que el Dr. García Díaz, como filósofo, no pudo escapar. (Jesús Esparza y Angel Muñoz García).

first, deceived by the little worth of knowledge which did not allow him to feel sublime. The second, deceived by the little personal worth attained by his knowledge.

**Key words:** Faust, dualism, deception, sublimation.

La figura de Fausto es un tema perenne de la cultura humana. Un tema cuya profunda y embriagadora resonancia es posible encontrar no sólo en la literatura universal, sino en los ritmos más insospechados, o en los acordes centrales de las concepciones del mundo de múltiples hombres, de muchas y variadas épocas. Todos aquellos que han entrado en contacto con el Dr. Fausto, con el escueto esquema del hechicero, se lo han apropiado como algo suyo, como algo que ha herido los resortes más hondos de su simpatía, de eso que posibilita desde la raíz un acercamiento con los demás hombres, con la humanidad entera y sus secretos anhelos. Tal es la clave que permite explicar la amplitud e importancia de su influencia.

El mito fáustico despierta un secreto e indecible anhelo. Enmascarada la forma brutal de su revelación desnuda por el ropaje anecdótico, mítico y legendario que rodea a este mago, deja traslucir, sin embargo, su secreto fondo lo suficiente como para hallar eco en el humano, muy humano, mitad bestia y mitad ángel, que es el corazón de los hombres. El hombre, como ya lo expresa todo dualismo, es habitante de dos mundos. Llaméseles a éstos como se les llame, el hecho queda inconmovible. Tierra o cielo, este mundo o un mundo mejor, la vigilia o el sueño, hoy o mañana; pero siempre es la disyuntiva, siempre el conflicto entre dos situaciones de rango muy distintos. El deseo del hombre es inextinguible como su propia naturaleza. ¿Para qué nací -se pregunta Tristán-, para qué? Y una música lejana parece contestarle: para morir y para desear, para morir deseando. Por eso es que, mientras haya humanidad, habrá dos mundos: el que ya se tiene y el que se anhela ardientemente. En este sentido, Fausto es la imagen más íntima, esencial, del hombre de occidente. Es el deseo volcánico hecho carne de nuestra carne, espíritu de nuestro espíritu, plasmado a lo largo del abismo temporal de los siglos.

Pero el Dr. Fausto es algo más. Si pensáramos que todo él se limita a no ser más que una patentización personificada de eso que es una de nuestras mayores y exclusivas características, estaríamos ciertamente equivocados. Si así fuera, entonces, su figura tal vez resultara menos obsesionante. Porque hay que reconocer que no sólo las capas más conscientes de nuestro ser son las únicas que se conmueven o entran en efervescencia ante nuestro personaje. Hace un momento hacíamos alusión a cómo la leyenda fáustica despierta nuestros más "secretos anhelos", los más oscuros e inconscientes. El hombre llegado a estas cimas se huye a sí mismo.

Pocos han sido en la historia los intentos de descender hasta este fondo tenebroso y sin luz del hombre. La peculiar tendencia del romanticismo alemán hacia el reino de la noche y del ensueño, hacia el mundo vago y crepuscular, a la vez grotesco y paradójico, representa un intento de adentrarse en este fondo precisamente. No en balde el filósofo Cerus prelude ya muchas de las tesis de ese otro intento moderno y exhaustivo que se llama el psicoanálisis. El hombre sabe que dentro de sí se agita una potencia oscura, bestial, que le hace muecas a su frío racionalismo que lo envuelve, que tiene apetitos turbios e inconfesables. El dominio del mal se abre a sus pies, o más bien, se abre en su seno mismo. Porque, digámoslo, el verdadero mal no consiste exclusiva y únicamente en un equivocarse, en un tomar una cosa por la otra, el mal por el bien, como nos decía Platón, sino en conocerlo, saber lo que es, y, sin embargo, quererlo. En los más abismales arcanos del hombre, de todo hombre, algo semejante es lo que ocurre. No hay que olvidarlo. Ese es el hombre y no hay por qué asustarse. El verdadero humanismo, la verdadera filosofía del hombre, no puede desechar nada de él. La muy sabida frase de Terencio: *Homo sum, nihil humani a me alienum puto*, desde antiguo lo afirmaba.

Pues bien, en esta tiniebla, en este recinto del pecado y del absurdo, es donde halla eco también el nombre del Dr. Fausto. La alianza con las deidades del mal, el pacto con Satanás, es un factor en su figura que no puede menospreciarse. Imaginémonos por un momento lo que sería de Fausto sin Mefistófeles. No quedaría más que la imagen de un hombre atormentado por el deseo y nada más. Pero Fausto es, en un cierto sentido, sobrehumano, porque su deseo lo es, porque no se detiene ante nada, ni aún ante lo sagrado, ante la prohibición divina, para satisfacerse. Fausto es el deseo, sí, pero el deseo pecaminoso, el pecado. Aquí radica su extraña fuerza de atractivo frente al hombre tomado en su integridad de altura y abismo. Y aquí radica la esencia de Fausto. Lo demás es lo anecdótico y lo superpuesto, lo que cada uno que lo tomó por asunto de su pluma le ha venido a agregar. Su carácter inmutable e imperecedero se expresa con dos palabras. El “deseo pecaminoso” es el tema; el desarrollo de la sinfonía completa es lo que varía en cada caso.

Este fondo, por tanto, viene a ser una suerte de transcripción a lo humano del asunto central de la demonología hebrea y cristiana bíblica, de la rebelión y caída de los ángeles<sup>1</sup>. La insana inconformidad de Lucifer, que no le deja más camino que rebelarse contra Dios, contra un orden y jerarquía de cosas establecido de toda eternidad, es la misma que la del Dr. Fausto. En un caso vemos a un ángel, el de mayor rango entre todos, querer ser más que eso, querer ser Dios; en el otro vemos a un hombre que quisiera ser más que hombre, más que todos los hombres, que qui-

1 Para más detalles, remitimos a LANGTON, E., *La Démonologie*, ed. Payot, Paris, 1951.

siera superarlos definitivamente. Su soberbia es desmedida. El bien que tienen está lejos de satisfacerles. Ya la tradición, por boca de Santo Tomás, nos decía: "In diabolo peccatum fuit in hoc quod proprium bonum non rettulit ad divinum bonum"<sup>2</sup>. No es de extrañar, por consiguiente, el que Fausto acuda a aquellos a quienes tanto se asemeja, para lograr sus propósitos. Este es justamente su pecado.

El problema que representaba el hecho del enorme atractivo de la figura del Dr. Fausto, así fuera ella la dada por la leyenda popular o por sus versiones más primitivas, o por las obras de Marlowe o de Goethe, parécenos resuelto en esta forma. Esto es lo esencial de Fausto, su condición *sine qua non*. Estos son los rasgos invariables que lo acompañan en todas sus expresiones literarias y que le dan ese atractivo precisamente; el cual, por ende, muéstranos también como primario y esencial. Quiere esto decir que todo el resto que pudiera venir a agregarse a este núcleo esencial, es un puro accidente. Si bien, un accidente que posibilita las divergencias entre esas distintas figuras literarias, y que posibilita, además, su distinto valor para la literatura.

Nadie podría decir que la leyenda popular y el Fausto de Goethe se asemejan en todo, incluso en la estimación que nos merecen. No es lo mismo una obra que la otra y, no obstante, no menos cierto es que coinciden en alguna medida. Punto es éste de interés para nosotros. Comparar dos obras literarias, supone ya de antemano el que haya un punto de contacto entre ellas, al par que supone una alteridad, su diferencia. Fácil es advertir, por tanto, que la mitad del camino la tenemos recorrida. El meollo idéntico, el asunto mitad humano y mitad teológico -de la más pura cepa teológica-, para decirlo así, en que ellas se basan se nos ha hecho con anterioridad patente. Valedero queda, no importa para qué autor, ni para qué producción. Ese es el verdadero y consistente Fausto, y eso es lo que importa.

Adentrémonos en esas obras literarias. ¿Qué es lo que habremos de encontrar? El genio de sus autores es un factor más que entra desde este instante en juego. Atraídos por el personaje, se han aproximado a él y lo han matizado con sus propios y subjetivos colores. A lo esencial únese ahora lo accidental. Pero no se crea que éste es un término peyorativo. Todo lo contrario. Eso accidental es justo lo más valioso de lo literario. Los temas son patrimonio del género humano. Pero, su tratamiento, les da una vida nueva, los plasma en formas que dependen de lo que de más propio e irreductible tienen sus autores. Vamos a verlo. Dejemos por lo pronto todas esas obras para no quedarnos sino con dos, con aquellas cuyos creadores son, respectivamente, Marlowe y Goethe.

En ellas, superestructuras distintas montan sobre un fondo común. Lo que alienta en su interior es ese mismo deseo excesivo, más allá de toda medida. Pero que

2 *Summa contra Gentiles*, III, 110.

corre, sin embargo, en cada una, por cauces bien distintos. Esto es lo que las hace divergentes. El progresivo desenvolvimiento de la carrera vital de nuestro hechicero está evidentemente condicionado por la peculiar dirección que viene a tomar su deseo. En un caso, como en otro, en "La trágica historia del Dr. Fausto", como en el "Fausto" de Goethe, se nos hace presente, de inmediato, un hombre que ha escalado las cimas del saber posible para su tiempo. El Fausto que nos pinta Goethe o Marlowe es un sabio, un hombre que ha dedicado su vida entera a descollar en todas las ciencias y las artes, un hombre docto, sí; pero profundamente decepcionado de su saber. "Demasiado me envanecí... Roto está el hilo del pensamiento; largo tiempo ha que estoy hastiado de todo saber", nos dice el hechicero, en la obra de Goethe. Semejantemente, el Fausto de Marlowe desdeña su saber presente.

Pero, en este punto cesan las semejanzas. Hasta aquí es la misma inconformidad lo que hace presa en sus corazones. Por ello rechazan lo que tienen, por eso sus ojos ávidos tórnanse ciegos para sus bienes presentes, para el renombre que han obtenido, para su ciencia. Empero, esa inconformidad busca saciarse de un modo distinto en uno y otro caso. Eso es lo que hace tan diferente a un Fausto del otro, como ya decíamos. El Fausto que Goethe nos muestra dirige su más alto afán hacia un fin sublime, inefable. Enfrentado con la erudición en gestación, con el amor a la erudición por la erudición misma, como es el caso de su discípulo Wagner, y ante las palabras de éste

"También yo he tenido mis horas de quimeras, pero no he sentido jamás todavía un impulso parecido... nunca envidiaré las alas del ave. ¡Cuán otramente los goces del espíritu nos llevan de libro en libro, de hoja en hoja! ¡Cuán gratas y deleitosas se vuelven así las noches de invierno! Una vida feliz presta calor a todos los miembros y, si desarrollas un valioso pergamino, ¡ah! entonces el cielo entero desciende hasta ti",

Fausto exclama compasivamente: "*Tú no tienes idea sino de una sola aspiración. ¡Ah! ¡No aprendas jamás a conocer la otra!*"

En estas palabras está el secreto de Fausto. Lo que él anhela ya no es meramente el goce sereno de la vida contemplativa y teórica; lo que él ahora pone como valor supremo no consiste en vivir así, como Aristóteles nos dijera. No. Todo lo contrario. Fausto ha llegado a caer en la cuenta de que, por mucho que se llegue a saber, de que por mucho que se conozca y se sepa, no por ello se habrá conseguido todo lo que se quiere. Ninguna duda atormenta a Fausto, ningún escrúpulo, pero él se peca de que, a pesar de eso, de que a pesar de tener ese caudal, no ha hecho ni puede hacer nada por los hombres. La decepción es profunda, muy profunda. ¿Qué ha logrado después de tantos años? Nada, nada provechoso para los hombres, nada provechoso para él. Antes bien, en último resultado, no ha conseguido más que apartarse de la vida, de la fluyente vida que circula en el seno de la Naturaleza. Fausto sabe que el demasiado conocimiento nos secuestra hacia un mundo muerto

y vacuo, hacia el mundo de la abstracción descualificada y gris. Por eso es que lo que él quiere es regresar a ese tronco primigenio de donde dimana toda acción, toda vida y toda luz, transfigurarse, sublimarse y fundirse en esa naturaleza imperecedera. Todo lo cual es algo que, a pesar de sus desvelos, no ha podido obtener por medio de la ciencia. Claro nos lo dice, lo que él quiere es el Infinito. Nada más, pero nada menos. En balde ha luchado. El momento ha llegado en que comprende que está lejos, muy lejos, de todo eso: "...no soy más alto del grueso de un cabello, ni estoy más cerca de lo Infinito".

De aquí que no sea posible expresar más que con esta palabra lo que quiere Fausto. No podemos decir ni que quiere esto o aquello, tal cosa en particular, poder, riqueza, placeres, no; porque a lo que aspira es más que todo, es aquello en que todo está incluido, es el Infinito. Por eso es también que lo demás, todo lo otro, no es más que un medio, un medio que en sí no tiene ningún valor.

Para Fausto, la humanidad se sintetiza en este anhelo, ser hombre es querer la Infinitud. Y, aunque Fausto no lo diga, nosotros adivinamos que, en el fondo más recóndito de su alma, lo que quiere es ser Dios. No es dudosa, la sed de Fausto es insaciable. Eso es lo que le da su grandeza justamente.

Ahora bien, el Fausto que Marlowe pone en escena es de un tipo muy diferente, de un formato más común y cotidiano. También éste se ha distinguido en las variadas ramas del saber y también éste se ha decepcionado de ellas. Pero sus motivos son bien diferentes. En esta obra, Fausto abomina de su saber porque ve que no le es suficiente, y no, como el caso anterior, porque vea la insuficiencia de él, del saber mismo. El Fausto de Goethe se desilusiona ante lo poco que vale el saber; en cambio, el Fausto de Marlowe se desilusiona, por paradójico que pueda parecer la comparación, ante lo poco que vale él con su saber presente. Este es el punto álgido de la cuestión. Sus motivos no obedecen a una repulsa de la actividad contemplativa pura, sino a una repulsa de cierta clase de saber, de la que él es dueño hasta entonces. Lo que él quisiera, precisamente, no es un saber inocuo, sino un saber de poder, de dominio. Lo que él desea es saber más, pero saber para dominar, para obtener un poder ante el cual todos se inclinaran. Esa es su perdición y su condena. Ya el coro con que se abre el primer acto nos lo dice:

"Till swollen with cunning, of a self-conceit  
His waxen wings did mount above his reach,  
And melting heavens conspir'd his overthrow".

Si este Fausto es otro decepcionado, lo es más bien por esta causa. El saber tomado en sí poco le importa. Lo único que para él cuenta es su poderío y nada más. De esta suerte, de lo que está menesteroso no es de abandonar una vida en la abstracción, sino de un conocimiento mayor. Su ciencia le resulta insuficiente. Llegado a un punto, Fausto ha sentido que ya no puede ir más adelante. Pero lo prohibido no le asusta. El drama aquí es muy diverso de aquel que se plantea en la obra

de Goethe. En uno vemos el afán sublime de Infinito, en el otro el afán tan humano de poder. El uno peca por llevar su deseo a alturas inconcebibles, el otro por no retroceder ante nada para conseguirlo. En los dos, la soberbia es mucha, pero si en uno es casi extraterrena, en el otro linda casi con la abyección. Por eso el Fausto de Goethe está mucho más alto que su servidor Mefistófeles y con mucho lo supera; por eso puede burlarse de sus dádivas; por eso puede decirle: “¿Qué puedes darme, pobre diablo? El espíritu humano, en sus altas aspiraciones, ¿ha sido acaso nunca comprendido por tus semejantes?”.

La diferencia es notoria. En el primer caso, Fausto sabe que ni aún los poderes infernales podrán calmar su sed inextinguible. Visto bajo esta luz, no es un hombre; es simplemente un Dios caído y desterrado, la imagen misma del Espíritu, de la Divinidad, como él se llama. No así el Fausto de Marlowe. Este es un hombre, un pobre hombre, valga la palabra, con aspiraciones terrenas, demasiado terrenas, que Mefistófeles y Lucifer pueden colmar con exceso. En este sentido más humano, hondamente humano, es este último. Pero no menos desgarradora es su tragedia; quizá lo es más aún. Su ansia lo lleva a enfrentarse con Dios, con las leyes divinas:

“...Divinity, adieu!  
These metaphysics of magicians,  
and necromantic books are heavenly”.

Fausto transgrede los límites permitidos. Sabe que va a pecar. Un abismo repelente y atractivo se abre a sus pies y Fausto cae. El conocimiento pecaminoso y turbio, las relaciones con el Malo, no le arredran. Todo lo contrario, eso será precisamente lo que le permitirá lograr sus fines:

“O, what a world of profit and delight  
Of power, of honour, of omnipotence  
Is promis'd to the studious artisan!  
All things that move between the quiet poles  
Shall be at my command. Emperors and kings  
Are but obey'd i'their sev'ral provinces,  
Nor can they raise the wind or send the clouds;  
But his dominion that exceeds in this.  
Stretcheth as far as doth the mind of man.  
A sound magician is a mighty god:  
Here, Faustus, tire thy brains to gain a deity!”

La confesión es plena y terminante. Lo que él quiere es el poder; y el poder para gozar. Compréndese entonces por qué Dios no le basta, compréndese por qué se entrega en manos de Lucifer. Sí, Fausto, tienes razón, “the god thou serv'st is thine own appetite”.

De aquí que muy otras sean las relaciones entre las potencias infernales y el Fausto que Marlowe pinta, y el que pinta Goethe. Se comprende el motivo. El último de ellos tiene aspiraciones insaciables, lo que quiere es lo imposible. Sabiéndolo, sabe que Mefistófeles está lejos de cumplírselas, sabe también que nunca logrará hacérselas olvidar. Por eso su pacto es más que pacto; es una apuesta:

“Si jamás me tiendo descansado sobre un lecho ocioso, perezca yo al instante; si jamás con halagos puedes engañarme hasta el punto de estar yo satisfecho de mí mismo; si logras seducirme a fuerza de goces, sea aquél para mí el último día. Te propongo la apuesta”.

Mucha es la diferencia con el otro Fausto. Este no tiene por qué apostar. Sus veinticuatro años de poder bastarán para sus deseos. Consumado el sacrilegio abominable, es cuando comenzarán sus dolores, que en ocasiones llegan a hacerse desgarradores y atroces, como en la última de sus noches de vida. Sabe que no puede escapar al castigo divino; por eso cada gota de tiempo que transcurre le desgarras las entrañas y exaspera sus sufrimientos. El Fausto, en la obra de Goethe, no los tiene. Sólo una vez se arrepiente, pero es un instante y por motivos bien diversos. Margarita está en el calabozo. La muerte la espera. Entonces, óyese a Fausto exclamar: “¡Así nunca hubiese yo nacido!”

Pero esto es un incidente meramente. En cambio, para el otro Fausto, el arrepentimiento constituye el verdadero drama. Un drama vivido por el mismo Marlowe. El efecto de esta obra sobre el lector, la emoción ante un dolor tan al rojo vivo, débese indudablemente a que ella contiene la vida misma del autor. Cuando Marlowe recorría las páginas del libro en que se inspiró, debió ahí reconocerse más de una vez. La misma sed de saber lo ha empujado, la misma decepción le ha robado su confianza en el mundo y en los hombres, la misma ausencia de amor se da en torno suyo; todo es lo mismo, y el mismo será el arrepentimiento ante sus propios pecados, ante su vida de crápula, de infamia y oprobio que ha llevado. Sí, es innegable, la trágica historia del Dr. Christopher Marlowe está en la base de “La trágica historia del Dr. Fausto”.

Esta diversidad de caracteres condiciona, en cada uno de los Faustos, su destino y su fin, su salvación y su condena. El carácter es para el hombre su destino, se ha dicho desde antiguo. Una vez más tenemos ocasión de comprobarlo. Las situaciones podrán ser muy distintas e incluso opuestas, pero el carácter es lo que cuenta. Podrá haber variaciones imprevisibles en él y, no obstante, no serán más que eso, variaciones ligeras que no destruyen su esquema general y sí, por el contrario, lo reafirman. Ya hemos visto cuál es este esquema caracteriológico y fundamental en relación con el Fausto, con el Fausto esencial y con el Fausto de las obras de Goethe y Marlowe. Hemos intentado exponer el gozne idéntico de donde parte y las ramas en que cada uno se forma ese cauce; ese destino vital en que su libertad,

expresada en las obras por la diversidad de circunstancias, va muriendo y naciendo cada vez hasta su término. ¿Hemos cumplido nuestro propósito?

El tosco dibujo que de ello hemos hecho tal vez deja en la sombra muchos detalles que ahora saltarán a la vista. Pero si sucede así, si en acercándose a nuestros nudos trazos, se cae en la cuenta de que tal o cual rasgo falta y es menester agregarlo aún para completar esta faena, o para reformarla, entonces, por el solo hecho de haber despertado este interés, nos creeremos lo suficientemente recompensados, ya que ésa es nuestra más cara esperanza.